

033. Amar y ser amados

Todos llevamos dentro, muy adentro, en lo más hondo de nuestro ser, dos ansias incontenibles: el ansia de amar y, más aún, el ansia de ser amados.

El amor es algo constitutivo de nuestro ser. No podemos decir que somos únicamente cuerpo y alma... No podemos decir que nuestro cuerpo es solamente carne, huesos, sangre, linfa, hierro, calcio, potasio y no sé cuántas cosas más... Ni digamos que nuestra alma es sólo espíritu...

Todo eso es verdad. Pero, habríamos de añadir: somos eso, y, llenándolo todo, impregnándolo todo, invadiéndolo todo, moviéndolo todo, está además el amor.

Somos AMOR porque Dios, que es amor, nos ha hecho semejantes a Él y, más que nada, nos ha hecho semejantes a Él en el amor.

El amor es sentimiento y es donación. Es conquista, es entrega y es posesión. Y todo eso junto, al ser disfrutado, crea en la persona una satisfacción tan especial, tan honda y única, que puede ciertamente sentirse, experimentarse y gozarse, pero resulta imposible quererla explicar.

Por eso, no se puede comprender cómo ha habido hombres que han tenido a honra el ser odiados. Han constatado el hecho, y han preferido mantenerse en su orgullo, antes que doblegarlo, para ganar a cambio un poco de temor. Así, por ejemplo, un gran estadista solía decir:

- *Soy el hombre más odiado de Europa* (Bismark, Canciller alemán)
El tigre de la selva no se gloriaría de otra cosa...

Jesucristo se gloriaba de todo lo contrario. Dijo de Sí mismo que, al ser levantado de la tierra en la cruz, atraería todas las miradas y todos los corazones hacia Sí. Además, no se avergonzó de manifestar sus ansias de amor, cuando dijo a los apóstoles, horas antes de morir:

- *¡Permaneced en mi amor!...* (Juan 15,9)

Jesucristo daba amor, al morir por todos.

Pedía amor, en justa correspondencia.

Y aseguraba que tendría amor, que sería un verdadero conquistador de corazones...

Entre ese estadista —*el más odiado*, según sus palabras— y entre Jesucristo, el mayor amador y el más amado de los hombres, ¿quién es el mejor y quién sale ganando?...

Enfrentados a esta realidad del amor, nosotros no renegamos de nuestra condición humana y cristiana, y decimos secretamente, y abiertamente también: quiero amor, pido amor, doy amor.

En modo alguno aceptaríamos el baldón que el apóstol San Pablo echa en cara a los paganos de su tiempo, cuando les dice que son unos seres *sin cariño*, unos desamorados (Romanos 1,21)

Nosotros, sabedores de todo esto, cantamos, con esas palabras de nuestros muchachos y muchachas de los Encuentros Juveniles, que sentimos *anhelo de amar y ser amados*.

Este sentimiento es un compromiso serio. ¿A quién amamos? ¿Cómo hemos de amar? ¿De qué manera hay que manifestar el amor del corazón?...

Al formular estas preguntas, nuestra imaginación y nuestro pensamiento se encaminan por muchas direcciones, todas buenas, todas legítimas. Porque, ya se ve, no hablamos ahora de amores torcidos, sino de los amores más puros que pueden existir.

¿Amar al esposo o la esposa, amar al hijito que Dios ha regalado al hogar, amar a papá y mamá, amar al novio o la novia?... Está absolutamente de sobra el proponer amores así. ¡Son tan bellos!... ¡Y los sentimos todos tanto!...

¿Amar al prójimo, a todo prójimo, como nos manda Jesucristo en el Evangelio? Sobra también decirlo, pues, si no lo amáramos, ni seríamos tan siquiera cristianos... El amor al hermano es algo constitutivo del ser cristiano, pues Jesucristo lo impuso como primer mandamiento suyo, paralelo al amor a Dios, y como señal de nuestra pertenencia al mismo Jesucristo.

Podríamos hablar de esos amores humanos tan bellos y tan necesarios. Pero ahora dirigimos la mirada solamente a Dios, que es el que garantiza la legitimidad de todos esos amores.

Amar a Dios, a quien no se ve, parece que puede ser una cosa difícil. Mejor dicho, parece que puede ser algo real, sí, pero que nunca llegará a ilusionarnos, porque no sentimos nada. Decirle a Dios: *¡Te amo!* *¡Te quiero!*, puede dejarnos indiferentes y hasta fríos... Pero, no. Amar directamente a Dios es una experiencia mística propia de todo cristiano. Le decimos a Dios ese *¡Te quiero!* y se nos esponja el corazón.

Porque ese amor no nos nace espontáneamente a nosotros. Es algo que nos viene del mismo Dios. Seríamos incapaces de hacerlo por nuestra cuenta, si el Espíritu Santo no nos pusiera ese sentimiento en el corazón, y no fuera Él quien nos dictara esas palabras. Nuestra oración puede consistir en muchas expresiones del alma que habla con Dios. Todas son buenas y todas nos santifican. Pero la oración alcanza las alturas más subidas cuando el alma se derrama ante Dios exteriorizando lo que el Espíritu Santo nos dicta como lo más sublime que podemos decir: *¡Dios mío, te amo!...* *¡Jesús, te quiero!...*

Este amor directo a Dios no roba nada a los otros amores. Al revés, los purifica, los hace mucho más auténticos, los asegura convirtiéndolos en permanentes.

El amor, todo amor legítimo, viene de Dios y lleva a Dios. El amor, entonces, informa la vida entera. Y nos hace eso: amadores y amados. Total, como Jesucristo, como el mismo Dios..